

Bartolomé Meliá, S. J.

“...exclamó Jacob: Oh Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Yahveh, que me dijiste: Vuelve a tu país y a tu parentela, que yo te favoreceré! Demasiado pequeño soy para todas las mercedes y lealtad de que has hecho objeto a tu siervo; pues con sólo mi cayado vadeé este Jordán y ahora he venido a formar dos escuadrones. Sálvame de las manos de mi hermano, de las manos de Esaú, pues le temo, no sea que llegue y me hiera a la madre con los hijos. Mas tú dijiste: Yo te favoreceré sin falta y haré tu descendencia como

la arena del mar, que por lo abundante no puede contarse.

Y pernoctó allí aquella noche. Después, de lo que traía consigo, tomó presentes para su hermano Esaú (...) Porque pensó: Aplacaré su semblante con el presente que me precede y después de esto veré su rostro; quizás me acoja favorablemente.

Désfiló, pues, el presente delante de él, que pernoctó aquella noche en el campamento...

Jacob se quedó solo, y un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el

EL hombre forcejeando con Dios ¡qué aventura! El hombre esquivaba como instintivamente el encuentro con Dios, teme todo conflicto con El. Prefiere entenderse con El por procurador. De una manera u otra escogemos un intermediario para decirle: “Háblanos tú y no nos hable Dios, no sea que muramos” (Ex 20,19).

Esta actitud tiene una excusa real. El hombre, y el hombre religioso precisamente, experimenta delante de Dios un sagrado terror.

“No entres en juicio con tu siervo; ningún viviente es delante de ti justo” (Ps 143,2).

“Cómo puede un hombre justificarse ante Dios?... Si se trata de fuerza, El

ESPIRITUALIDAD

Dios y el hombre cuerpo a cuerpo

alba. Como viese que no le podía, alcanzóle en la articulación del muslo, y se descoyuntó la articulación del muslo de Jacob mientras peleaba con él. Dijo entonces (el personaje):

—Déjame marchar, pues raya el alba.

Pero respondió Jacob:

—No te dejaré partir sino cuando me hayas bendecido.

Y le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

Y contestó:

—Jacob.

Entonces aquél afirmó:

—Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel, por cuanto has luchado con Dios y de los hombres triunfarás.

Jacob entonces preguntole diciendo:

—Declárame, por favor, tu nombre.

Y contestó:

—¿Por qué preguntas mi nombre?

Y allí mismo le bendijo, despidiéndose. Llamó Jacob aquel lugar Penuel, porque (se dijo): He visto a Dios cara a cara, y, sin embargo, mi vida ha quedado a salvo. En cuanto pasó de Penuel le salió el sol, e iba cojeando del muslo”.

(Génesis, 32, 9-31)

es el fuerte; si se trata de juicio, quién le emplazará?” (Job 9, 2.19).

Hay, sin embargo, una página de la Escritura en la que el hombre parece que mide sus fuerzas con Dios en un cuerpo a cuerpo singular. Y Dios no sólo no lo lleva a mal, sino que premia al hombre con su bendición, y con un nombre nuevo que es nuevo ser, nueva vocación y destino nuevo.

El combate con el mundo exterior

El capítulo 32 del Génesis ha sido mirado tradicionalmente como la figura y símbolo del combate espiritual.

Exegéticamente el texto presenta numerosas dificultades, sobre todo por la utilización que hace el autor inspirado de viejas tradiciones populares. Para el mismo hagiógrafo la lucha de Ja-

ESPIRITUALIDAD

cob con el Angel-Dios es una misteriosa experiencia. Se trata de una verdadera lucha, lucha física, no lucha de oraciones. La mutilación de la pierna de Jacob es una prueba de la realidad de su vivencia. Toda la narración converge al punto central de manifestar el aliento y fuerza dado a Jacob, aun en medio de su inferioridad, y explicar la etimología popular de *Israel*, "el que ha sido fuerte contra Dios" (Gen 32, 29) (1).

Este combate presentaría dos fases que corresponden a dos niveles del desarrollo espiritual. Son las dos partes en que se divide el capítulo: Jacob prepara su encuentro con Esaú, y Jacob lucha con el Angel.

Jacob vuelve a su tierra en cumplimiento de un mandato de Dios, que calca en sentido inverso la orden que le fuera dada un día a Abraham: "Sal de tu tierra..." (Gen 12,1).

No menos que en el camino hacia la tierra extranjera, puede haber en la vuelta a la propia patria un gran miedo y angustia, cuando lo conocido se nos ha vuelto hostil y extraño. Esaú es el enemigo. De él lo tememos todo.

Jacob no ha creído que la obediencia y la promesa divina le eximieran de una lucha real con las cosas y con las personas. Oración, prudencia, astucia, toda una política religiosa entra en juego, precisamente para favorecer, a su manera, los designios de Dios.

Al fin y al cabo ¿no son los signos de los tiempos y de las cosas los principales orientadores de nuestra actividad, incluso religiosa?

La dificultad en el camino del designio de Dios toma un rostro determinado, que en buen realismo cristiano, ha de ser afrontado como tal. Una cier-

ta adolescencia espiritual se escandaliza fácilmente de que el combate por el reino de Dios tenga que pasar a través de formas y estructuras jurídicas, confrontaciones y conflictos personales, que raramente se abren a una espiritualización y cuya opacidad los hace ilegibles y carentes de sentido.

Pero he aquí también el otro extremo del peligro. Nuestra tendencia de hombre adulto y experimentado es la de laicizar y hacer profana nuestra vida. Creemos que, si queremos ser realistas, ciertas situaciones no pueden reclamar una conducta espiritual.

Esaú pierde su valor de signo, y, siendo nuestro contrincante inmediato, acapara nuestra acción y atención toda. La oración es entonces una ayuda de la que echamos mano a una con la astucia y la precaución humana. Orar es así una manera de "conquistar a Dios hacia nuestro punto de vista".

"Sálvame de las manos de mi hermano, de las manos de Esaú, pues le temo, no sea que llegue y me hiera a la madre con los hijos" (Gen 32,12).

Hay en esta oración humildad y habilidad, con un sentido excepcional del acontecimiento concreto que se avecina.

Y ciertamente, mientras Dios no diga lo contrario, el hombre tiene que entenderse con el enemigo concreto y duro, banal y exasperante que no presenta otro rostro sino el de la situación molesta, el acontecimiento intrascendente, o la persona cuyas intenciones nos son desconocidas, pero que viene a desbaratar nuestros planes.

Jacob delante de Esaú no teme recurrir a la astucia solapada, a la humillación fingida, al don con segundas intenciones.

"Aplacaré su semblante con el presente que me precede y después de esto veré su rostro; quizá me acoja favorablemente" (Gen 32,21).

(1) cfr. H. JUNKER, *Das Buch Genasis* Würzburg 1955.

La interiorización del combate

Es bueno chocar con la hostilidad de las personas y de las cosas, pero Dios no quiere que "su realidad y su urgencia sensible nos obnubile. El verdadero combate no hay que situarlo a su nivel, sino más alto, o si se quiere, más en el centro de nosotros mismos. Para nosotros, como para Jacob, se trata de llevar nuestra lucha en Dios, "contra" Dios, con Dios" (2).

"Jacob se quedó solo" (Gen 32,25).
Era además de noche.

Las grandes pruebas de Dios nos llegan siempre en la soledad y en la oscuridad. Mejor dicho, la soledad y la oscuridad son las mayores pruebas.

Soledad, porque lo que parecía nuestro está lejos —al otro lado del río— y porque nosotros mismos pisamos tierra extraña. Nosotros mismos nos somos extraños. El hombre cuando se encuentra consigo mismo sin los intermediarios de las cosas acostumbradas, de sus posesiones y relaciones, de su patria y oficio, corre el peligro de no reconocerse.

Al no saber dónde se encuentra y con qué cuenta, ya no sabe quién es.

Y, sin embargo, parece que Dios se empeña en estos éxodos que consumen toda la vida de un hombre; quiere encontrarnos a nosotros mismos en campo abierto; lo que somos, no lo que tenemos.

La oscuridad devora los rostros de la dificultad. El hombre ni siquiera sabe con quién lucha. Las dudas y los temores de ilusión son las grandes oscuridades de todo desarrollo espiritual con su ambigüedad acosadora.

(2) J. M. TÉZÉ, S. J., *La lutte de Jacob avec l'Ange*, Christus 33 (1962) p. 77

Entonces aparece Alguien. "Y un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el alba" (Gen 32,25).

Angel o Dios representado antropomórficamente, el que ataca a Jacob es alguien sobrenatural y divino.

Hay en esta lucha cuerpo a cuerpo, sostenida y tenaz, una belleza admirable de la que la misma Escritura se hace eco: "La Sabiduría le adjudicó un premio en un rudo combate" (Sab 10,12).

Jacob no da su brazo a torcer, ni se rinde fácilmente. Y Dios toma en serio esta bravura auténtica.

Las palabras sobran. "Carne contra carne, causa contra causa, ah! no es con palabras con lo que nos hemos revelado uno a otro" (3).

En esta violencia no hay un simple engaño piadoso por parte de Dios. Dios no juega como si fuera de verdad, estando en realidad hecho el juego de ante mano. La lucha es verdadera y la audacia de Jacob tiene en su misma obstinación su más claro acento de verdad.

Esta lucha de Jacob con el Fuerte, ilustra simbólicamente el problema real de la resignación (4).

El hombre que sufre, que experimenta en carne propia una desgracia absurda y aplastante que no puede comprender, dice con corazón religioso: El Señor me ha visitado, me ha tocado; lo que me dio me lo ha quitado; ¡bendito sea el Señor!

Estas palabras son, al fin y al cabo, las grandes palabras de la aceptación

(3) P. CLAUDEL, *Emmaüs*, Gallimard 1949, p. 71.

(4) En estos párrafos nos inspiramos del análisis que hace de la resignación verdadera PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, *Le Milieu Divin*, París 1957, p. 96-102.

crística; pero, si se nos permite la expresión, no deben ser dichas demasiado pronto.

Según la expresión de PÉGUY, Dios no sabe qué hacer con esclavos puestos de rodillas.

Jacob no presentó al visitante nocturno un cuerpo muelle ni unos miembros apáticos. Esto habría sido todavía astucia. La lucha fue leal, con esta lealtad que arranca de la autenticidad.

Jacob ha comprendido que aquí no se trata de ganarse al adversario con sonrisas ni concesiones, que son siempre una manera de evitar las verdaderas grandes cuestiones. Jacob ha aceptado el combate varonilmente.

“Todas las fuerzas vivas van a ser movilizadas, todos los elementos que constituyen la persona son lanzados a la batalla. Entonces todo el ser, tal cual es, sin engaño ni evasión, entrará en diálogo con Dios... Si Dios parece comunicarse tan poco, es que encuentra en nosotros unos interlocutores escurridizos que van y vienen sin resolución ni propósito. En la medida en que por el contrario el hombre no cesa de disputar con Dios, le permite como por adelantado que actúe libremente y aporte El mismo las soluciones a los problemas cruciales. Así toma la iniciativa y obtiene la sumisión, en vano deseada tanto tiempo” (5).

Dios se las había, en fin, con un hombre.

“Cuán lejos, cristianamente lejos, estamos de esta muy justamente criticada “sumisión a la voluntad de Dios” que tendría el peligro de ablandar, de destemplan el buen acero de la voluntad humana blandida contra todos los poderes de las tinieblas y de la flaque-

za! Comprendámoslo bien, y hagamos comprenderlo: no es un encuentro inmediato, ni una actitud pasiva, encontrar y hacer la voluntad de Dios” (6).

La lucha duró toda la noche. En esta “agonía” de varias horas el “Alguien” del principio se revela al fin como un ser divino, aunque no diga expresamente su nombre.

El nombre nuevo

Jacob ha comprendido. “Dijo entonces el personaje: Déjame marchar, pues raya el alba.

Pero respondió Jacob: No te dejaré partir sino cuando me hayas bendecido.

Y él le preguntó: ¿Cuál es tu nombre?

Y contestó: Jacob.

Entonces aquel afirmó: Ya no será tu nombre Jacob, sino *Israel*, por cuanto has luchado con Dios y de los hombres triunfarás” (Gen 32,27-29).

El momento ha sido crucial.

“Si miramos con atención los rasgos bajo los cuales presenta la Biblia al hombre conocido antes y después de la lucha con Dios, descubriremos un cambio notable. Jacob era el realizador inquieto y complicado; Israel será el triunfador firme y benévolo” (7).

Una noche ha transformado radicalmente a un hombre, marcándolo en su carne y en su espíritu. En el conflicto ha recidido una nueva vocación y un nuevo destino.

“Jacob llamó aquel lugar Penuel, “porque —se dijo— he visto a Dios ca-

(5) F. ROUSTANG, S. J., *Une initiation à la vie spirituelle*, París 1963, p. 69-70.

(6) P. TEILHARD DE CHARDIN, o.c., p. 99.
(7) G. RICCIOTTI, *Historia de Israel I*. Barcelona 1945, p. 138.

ra a cara y, sin embargo, mi vida ha quedado a salvo" (Gen 32,31).

La conclusión del combate es una acción de gracias maravillada.

El sol de la mañana se levanta sobre el campo de nuevo desierto. Un hombre va cojeando, pero en su misma disminución física está el signo real de su triunfo.

La verdad de esta noche no está en que se haya salido o no victorioso, sino en que se ha luchado, dando el hombre toda la medida de su ser solicitado por la gracia.

"Dios no podía buscar en nosotros una dependencia de esclavos... Para esto debía dar al hombre este poder que

tienen sobre Dios los que no buscan más que a Dios" (8).

El hombre ha recibido la gracia de esta hora auténtica y dolorosa —hora solitaria y oscura en que el alma es tocada en su articulación más secreta y vulnerable— y accede a una madurez en la que el elemento espiritual se sobrepone al elemento natural basado en la fuerza y habilidad incluso religiosa.

Esta lucha al parecer gratuita no tenía otro objeto sino crear un hombre nuevo, *Israel*, "el que ha sido fuerte contra Dios" (Gen 32,29).

(8) F. ROUSTANG, S. J., o.c. p. 71.

